

Una nueva e-ra

Rodrigo Daniel Varela
Argentina

Es evidente que el tiempo en que vivimos es uno de cambios drásticos. El surgimiento de numerosas tecnologías, y en especial la aparición del Internet a la par que el fenómeno de la globalización, han revolucionado en pocos años la forma en que el mundo concibe la comunicación, y así como la máquina a vapor marcó un cambio de era al desencadenar la Revolución Industrial, rompiendo con los esquemas socio-económicos preestablecidos, nos encontramos hoy en un punto de inflexión; el fin de una era y comienzo de otra. El planteo que cabe hacerse es, entonces, ¿qué rol jugaremos o estamos jugando, como sociedad, en este período de transición? Y, ¿qué debemos priorizar a la hora de fundar las bases para esa etapa venidera?

El advenimiento de una significativa mejora en la comunicación a escala global trajo consigo grandes progresos, como la mayor disponibilidad de información abierta y la facilitación del acceso a ella, la apertura de foros de discusión a una mayor variedad de voces, y la posibilidad de mejor, más rápido, y más variado intercambio de opinión, entre otros. También facilitó nuestra habilidad para documentar y seguir de cerca el progreso mundial a través de innumerables y entrecruzadas estadísticas y bases de datos, haciendo de nuestro tiempo el mejor documentado de la historia, y, a su vez, junto con los avances en medios de comunicación, disminuyendo la capacidad de sectores de poder de llevar a cabo abusos o acciones ilícitas a gran escala amparados por el desconocimiento general.

Sin embargo, también favoreció la diseminación más veloz y eficaz de información errónea y parcial bajo el amparo que la libertad de expresión, e incluso en ocasiones el anonimato, otorga a quienes puedan tener intenciones maliciosas, o actitudes negligentes, y tanto acceso como cualquiera a medios donde publicar sus opiniones. Asimismo, la capacidad de poder elegir rodearnos de quienes piensen como nosotros, sobre todo en lo referido a redes sociales, y el tener la disponibilidad de acceso a fuentes que parecen respaldar cualquiera sea la postura que deseemos confirmar, profundiza nuestro propio sesgo interpretativo aun si las bases de éste no tienen un sustento lógico. Tanto es así que se puede hallar con tan solo buscarlo, y sin mayores dificultades, algo tan irrisorio como sitios que dicen tener evidencia de que la tierra es plana. Es por esto mismo que hoy en día puede resultar una tarea ardua el separar hechos de opiniones y de falsedades absolutas y, en este marco, a pesar de estar constantemente rodeados por fuentes de información, los sentimientos y percepciones ganan cada vez un lugar de mayor preponderancia en detrimento de los hechos. Evidencia de esto mismo son la relativa tolerancia que se mostró con respecto a que un representante de la Casa Blanca enmascarará un dato erróneo bajo el

término “hechos alternativos”, las constantes acusaciones por parte de ambos bando en las más recientes elecciones - como en las de la Argentina o los Estados Unidos - alegando que su contrincante falsificaba datos a su favor, e incluso, a nivel local, la pérdida de credibilidad del INDEC en la última década. En un mundo donde la relativización parece ser la norma, es cada vez más válida la célebre frase de la escritora Anaïs Nin:

“No vemos jamás las cosas tal cual son, las vemos tal cual somos”.

En este contexto, es un resultado lógico el que cobre una mayor relevancia que nunca la definición de nuestra identidad, dada no solamente por qué es lo que somos, sino también por en qué medida lo somos. Es decir, en qué medida del total cada pieza de nuestro ser nos representa. Y, al poder darnos el lujo de acrecentar nuestros propios sesgos, también los perfeccionamos y nos definimos individualmente de formas más específicas que en otros períodos históricos, dificultando cada vez más el poder armar generalizaciones macro que realmente engloben y reduzcan a una mayoría significativa de la sociedad a términos más simples. En la República Argentina, por ejemplo, el 92% de la población es católica, mientras que en el estado de Israel la proporción de la población que practica el judaísmo es más de 15 puntos porcentuales inferior. Y, sin embargo, ¿se puede afirmar que, en la práctica, la Argentina sea más católica que lo que Israel es judía? Es evidente que la respuesta a esta pregunta es ‘no’, pero menos evidente es el razonamiento detrás: no es la cantidad de gente que pertenece a la religión, sino el nivel en el cual pertenecen a ella y el lugar de relevancia que ésta ocupa en sus vidas, lo que le da relevancia. Así, el porcentaje de argentinos católicos resulta prácticamente irrelevante sin comprender lo que representa para ellos ese catolicismo. Por esto, en el proceso de armado individual de la personalidad, las características no electivas, aquellas con que nacemos o son producto de factores ajenos a nosotros, solo ganan o pierden importancia en la medida en que cada uno lo permita, y es necesario entender entonces que somos producto de nuestras elecciones individuales más que de circunstancias.

Otro de los aspectos de gran relevancia a considerar es cómo somos lo que somos, siendo que aun al darle la misma relevancia y postura a un elemento de su identidad, dos personas distintas pueden asimilarlo en la totalidad de su persona de formas diametralmente opuestas. Como ejemplificación, dos individuos que fueran víctimas de acoso escolar y hubieran sido fuertemente marcados por la vivencia podrían reaccionar tanto buscando concientizar y combatir el fenómeno como incorporándolo a su personalidad en la forma de una temática que les resulte sensible y genere inseguridad. En consecuencia, el modo en que las piezas de nuestro ser encajan en nosotros también puede ser suficiente para marcar una diferencia significativa entre dos personas. Pero, siendo que la disponibilidad de información nos permite hacer de cada uno una persona más única y enriquecida, posiblemente incluso un mayor papel en este proceso tiene la capacidad de análisis, de valoración, y de interpretación de la información. Por esto mismo, independientemente de las demás características que desarrolle a futuro, estas habilidades deben necesariamente

surgir como valores indispensables con los que formar el pilar central sobre el cual se edifique la idiosincrasia de la era que hemos de diseñar. El resultado no será la pérdida de diversidad en ideologías ni llevará a un pensamiento unificado, pero promoverá que las diferencias de opinión estén dadas en el marco del análisis y foco que cada uno haga sobre ciertos aspectos de la realidad y no de la dicotomía actual en que los hechos se enfrentan a las percepciones, la ignorancia, y el descreimiento, y toman estos últimos un lugar de preponderancia.

También cabe tener en cuenta las consecuencias que estos cambios individuales producen en la sociedad en su conjunto y que, frecuentemente, en un efecto similar al que tuvo el esparcimiento de la noción de división del trabajo, generan mayor variedad y cantidad de nichos, y vínculos sociales establecidos de forma más específica y fuerte. En otras palabras, se “especializan” los grupos de pertenencia. Esta separación de la sociedad en mayor cantidad de grupos menos numerosos trae aparejado un crecimiento en la pluralidad de fuentes de innovación y desarrollo, cada una dotada de sus características particulares, y ofrece a su vez un incentivo económico a través del número creciente de potenciales poblaciones meta a las que dirigir productos o servicios. Pero, como contracara, dificulta enormemente el proceso de abarcar en grandes porciones simples a la población, tal como fue mencionado anteriormente. La principal desventaja de este fenómeno se debe a que, con los esquemas actuales, entorpece el desarrollo de un diseño empático, que toma en cuenta las necesidades de la sociedad al momento de diseñar un producto. Pero, ¿cuál es el vínculo entre esta escuela de diseño y la creciente diferenciación de los diversos nichos? Que, si se busca abarcar una mayor cantidad de gente cuyas necesidades satisfacer, las características comunes necesariamente deben ser de una profundidad relativa cada vez más superficial, y por lo tanto también las necesidades.

Por lo tanto, con la mira en posibilitar el desarrollo del diseño empático como un elemento de producción del futuro, tanto en ámbito privado como público, el mundo debe tender a la descentralización. Y, culturalmente, es primordial comprender que esto no significa la desunión. Sería erróneo entender la globalización, y la subsecuente pérdida de importancia relativa del concepto de nacionalidad, como los primeros pasos en un proceso de fusión de los países del mundo en un único estado mundial. No es una unión en el sentido tradicional de la palabra a la que nos lleva este proceso, sino a la posibilidad de que, dados una cultura, derechos, y comodidades de base común, la unión de los seres humanos alrededor del globo se dé más por afinidad de las identidades que construyamos para nosotros mismos que por nuestras circunstancias geográficas. Y, del mismo modo en que la diferenciación entre sectores de la línea de producción montada por Ford a inicios del siglo XX permitió que, teniendo estos un objetivo en común, la productividad aumentase, también así la búsqueda por la plenitud del desarrollo humano sustentable se verá beneficiada si logramos amoldarnos al concepto de unidad global no a en la tarea, sino en el objetivo.



Entonces, es ese el desafío que enfrenta el mundo de hoy: el de diseñar y construir conjuntamente esa base que sirva de cimiento para permitir que se desarrolle plenamente dicha clase de unidad, haciendo hincapié en los valores centrales que mejor colaboren con establecer un nuevo paradigma al servicio de esta noción a una escala global. Y no es esto un objetivo en la búsqueda de la excelencia tanto como un deber y necesidad del mundo actual. No existe hoy, como durante la Revolución Industrial, la posibilidad de extraer indefinidamente de un nuevo yacimiento en cuanto el actual se agote, ni, como durante la etapa de expansión colonialista, la salida que proporciona el expandirse a nuevas tierras con mayor disponibilidad de recursos. Ya sin tierras por descubrir ni fuentes fácilmente accesibles de riqueza indefinida por explotar, las carencias de nuestro modelo social ya no pueden contrarrestarse a través de la expansión, y debemos enfrentarlo por otros medios. La evolución de nuestra realidad exige, ya no como alternativa, sino como obligación, una renovación radical en nuestra concepción del desarrollo, con un marcado énfasis en la capacidad de administración de recursos, especialmente humanos, como nuestra principal aliada en esta tarea.

De nuestro éxito depende si pasaremos a la historia como la generación que logró adaptarse y adelantarse al cambio, abriendo las puertas a una nueva era, o la que no supo reinventarse, y se hundió por inercia en la crisis surgida de no saber seguir el ritmo a su propio desarrollo.



Referencias

- <https://www.google.com.ar/webhp?sourceid=chrome-instant&ion=1&espv=2&ie=UTF-8#q=flat+earth+evidence>
- <https://flatearthscienceandbible.wordpress.com/2016/02/08/top-ten-undeniable-flat-earth-proofs/>
- https://es.wikipedia.org/wiki/Hechos_alternativos
- https://es.wikiquote.org/wiki/Ana%3%AFs_Nin
- <https://www.cia.gov/library/publications/the-world-factbook/geos/ar.html>
- <https://www.cia.gov/library/publications/the-world-factbook/geos/is.html>
- https://en.wikipedia.org/wiki/Division_of_labour
- https://es.wikipedia.org/wiki/Producci%C3%B3n_en_cadena